

Discurso de contestación al de ingreso de Don Francisco Zueras, en la Real Academia de Córdoba, redactado por Don Rafael Castejón.

Señores Académicos,
Señoras y Señores:

Desde la llegada a Córdoba de Don Francisco Zueras, en noviembre de 1956, para desempeñar la cátedra de Dibujo en la Universidad Laboral el magnífico centro de enseñanza del que se enorgullece nuestra capital, el nuevo profesor se incorporó plenamente a la vida intelectual de la ciudad.

Seguramente influyó en ello su desbordante humanismo, típico de un hijo del Alto Aragón, para perforar sin más este carácter cordobés, reservado y silente que Baroja llamó "feria de los discretos" y Antonio Jaén definió con afecto como "la faceta embozada de la ciudad", que a muchos recién llegados les cuesta trabajo superar.

Pero además de sus prendas personales, plenas de generosidad y simpatía, teñidas de un leve dejo de ingenuidad, propio de las almas nobles, ha sido, sobre todo, su gran bagaje artístico y ampliamente cultural, lo que ha hecho de Zueras un cordobés más, inscribiéndose en la nómina de ciudadanos ilustres, que son los que reparten todo lo que tienen sin esperar otra recompensa

Su ámbito profesoral, su amplia prédica en la generosa tribuna de la prensa y su colaboración sin tasa en todos los asuntos públicos atañentes a sus actividades profesionales, hicieron todo lo demás. Nuestra Academia no tenía opción para llamarle a su seno. Y con su característica de plena dedicación, hoy alcanza el puesto de los "inmortales", al que ha llegado por pleno y legítimo derecho, con un algo de rubor en nuestra conciencia, por no haberlo traído mucho antes.

x x x

Francisco Zueras Torrén nació en Barbastro, ciudad de la provincia de Huesca, en 1918. Dotado de una precoz vocación, inició su formación artística en la niñez, teniendo como maestro a su padre —excelente pintor y escenógrafo—, hasta que pasó a consolidarla en 1933 en la Escuela Superior de Bellas Artes de Barcelona. Decidido a ejercer el profesorado de Dibujo completó posteriormente su especialización docente en la Institución de Formación del Profesorado de Enseñanza Laboral, de Madrid. En los años de la postguerra se fue apasionando también por la investigación artística y la literatura, colaborando en importantes publicaciones de su tierra, tales como los diarios "Heraldo de Aragón" y "Amanecer", y la revista "Argensola", del Instituto de Estudios Oscenses.

En 1950 obtuvo por concurso-oposición la cátedra de Dibujo del Instituto de Enseñanza Media y Profesional de Barbastro. Y simultaneó la docencia con la creación artística, celebrando exposiciones individuales de sus pinturas y dibujos en Zaragoza, Barcelona, Lérida y Huesca, y participando en diversas colectivas de nivel nacional y regional con obras de distinto signo. Ejemplo del acierto de tal polifacetismo, fruto de su inquietud, puede ser el hecho de que en el mismo año de 1951 en que obtenía el Primer Premio del IX Salón de Artistas Aragoneses con un brioso paisaje, se le otorgaba, por un dibujo crítico de corte surrealista, la Medalla de Honor del II Salón de Humoristas, celebrado en Zaragoza. Polifacetismo plástico que ratificaría con la realización de grandes pinturas murales en templos y centros oficiales, escenografía teatral e ilustraciones en numerosas publicaciones. Todo bajo el denominador común de un estilo personal tajante, que el poeta y crítico Manuel Augusto García Viñolas definiría diciendo que "todas sus composiciones responden a una visión mural de la pintura y envuelven en su elegancia a figuras y emblemas que se van ensamblando en una total armonía de dibujo macizo y grave".

En noviembre de 1956 vino a Córdoba, tras haber sido nombrado mediante concurso-oposición nacional, Profesor Titular de Dibujo de la Universidad Laboral que en aquel mes y año se inauguraba. Desde aquel momento se integró totalmente en la vida cultural cordobesa, a través de la triple vertiente de la creación artística, la literaria y la actividad docente.

En el primero de estos aspectos, mientras exponía sus obras en Toulouse, Grenoble, Estoril, Huelva y Zaragoza, participaba en todas las exposiciones colectivas representativas de nuestra ciudad, como las denominadas "Homenaje a Córdoba", "Salón Córdoba" y "Pintores actuales de Córdoba", en buena parte de las cuales fue organizador también. En lo literario, aquella eficaz labor en su tierra natal —que fue reconocida con el nombramiento de miembro de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes

de San Luis, de Zaragoza— se dirigió plenamente hacia su tierra cordobesa de adopción, haciendo la crítica de arte del diario “Informaciones” en su edición para nuestra ciudad, y posteriormente en el diario “Córdoba”, su-
mando varios centenares los publicados, no sólo sobre artes plásticas sino también sobre problemas de la cultura de Córdoba. La valoración de esta labor —que junto a la artística fue reconocida por esta Corporación nombrándole Académico Correspondiente, el día 3 de Junio de 1967—, le llevaría a ser numerario de la Asociación Española de Críticos de Arte.

Como simbiosis de esta noble inquietud literaria y pictórica —que es la que ha originado el tema de su discurso—, en los últimos siete años ha realizado dibujos inspirados en textos de los más importantes poetas contemporáneos andaluces, exponiéndolos en Córdoba —salas “Céspedes”, “Altamira” y “Mateo Inurria”— y en importantes galerías de Valladolid, Sevilla, Madrid, Zaragoza y Huesca. Dibujos éstos que han despertado el mayor interés de la crítica, coleccionistas y público, y que han hecho que don Francisco Zuera haya sido seleccionado para la exposición “El Arte de la Ilustración”, que se ha celebrado recientemente en la Academia de Bellas Artes de Roma.

Su labor en el campo de la cultura también se ha diversificado en la tribuna de conferenciante, tanto en nuestra ciudad y provincia como en varias localidades españolas, participando anualmente en los Cursos de Arte de la Universidad Internacional “Menéndez Pelayo”, de Santander. Faceta ésta que también ha cultivado en nuestra Academia, a lo largo de su período de Correspondiente, con las disertaciones: “El arte moderno, tránsito de lo eterno a lo efímero”, “Goya muralista”, “El escultor Mateo Inurria”, “Antoni del Castillo dibujante”, “El arte ante una nueva década” y “Problemática actual de los Museos”. E igualmente se ha derivado hacia la literatura de creación e investigación, siendo finalista del Premio Tartessos con la narración “Encrucijada de arena”, y publicando diversos ensayos como los titulados “El arte zoomorfo en la historia y en el mito”, “El Altoaragón a través del arte y la literatura” y “Algo más sobre Velázquez”. Siendo sus últimos trabajos literarios los titulados “Interés popular por el arte”, publicado por la aragonesa Institución Fernando el Católico, y “El pintor López Soldado”, aparecido en la colección Cuadernos de Arte “De Luis”, de Madrid.

Volviendo a la obra plástica, se hace necesario destacar que su difusión ha sido grande. Importantes colecciones nacionales y extranjeras poseen pinturas suyas, y célebres figuras del teatro y el cine son propietarias de dibujos que glosan obras que les dieron fama. Y grandiosos muros de localidades del Norte y Sur de España —Salón de Sesiones del Ayunta-

miento de Barbastro, Seminario Diocesano de esta ciudad, Iglesia de San Sebastián y Seminario de Huelva— son soportes de monumentales pinturas suyas. Personalidad y labor pictórica que ha sido comentada en muchas publicaciones, siendo las más recientes los libros “Balance del Arte Joven en España”, “Pintores españoles contemporáneos” y “30 años de Arte Español”.

Peregrino es el tema que el nuevo académico trae a nuestra consideración, porque al destacar el tipo intelectual del pintor-literato o del literato-pintor, en cuya categoría destaca como arquetipo a nuestro gran Pablo de Céspedes, no sólo aporta mayores argumentos psicológicos para delimitar o definir el tipo biológico, conocido en los países cultos del mundo y entre ellos magistralmente el nuestro, como “artista nato”, sino también para averiguar muy lejanamente en las raíces ontogénicas de la especie humana, el origen de las facultades artísticas.

El mundo del arte es el mundo de lo bello y hasta que el hombre no es capaz, a través de sus sentidos, de percibir la belleza que puede haber en cuanto le rodea, naturaleza, seres y cosas, no surge en él el deseo de aprisionar, de producir, de crear esa belleza, en cuya secreta instancia nace el artista.

Miles de años pasaron, los quinientos siglos aproximados del paleolítico superior, durante los cuales el hombre reproducía en sus cavernas la figura de los animales que intentaba cazar, pero con un fin mágico, por lo que el artista era el hechicero o sacerdote de la tribu y seguramente se sometía a tratamientos que hoy llamaríamos de doping, para alcanzar así una más segura inspiración, igual que un artista moderno no puede trabajar muchas veces si deja de fumar el cigarrillo o tomar una taza de café o una copa de licor como pequeños excitantes cerebrales.

Nos sugieren estas pristinas consideraciones sobre la creación del mundo artístico, la lectura de un novísimo libro titulado “El contexto social del arte” en el que su editor Jean Creedy reúne una serie de artículos de profesores y críticos conspicuos actuales para demostrar la intencionalidad social del artista, lo mismo en las cinco bellas artes clásicas y en las no menos clásicas artesanías, que en las manifestaciones más modernas de arte industrial, arte fílmico, kinetic art o el arte como remedio terapéutico para los enfermos mentales.

Siempre, quiéralo o no, el hombre, en cuanto artista, recoge las sensaciones que le proporciona el medio en que vive, su habitat, el contexto social de su época, y tan social es el arte del hechicero paleolítico cuando trata de alimentar su tribu cazadora, la gran preocupación social de su época, como todas las estilizaciones de pop-art, arte abstracto, cubismo y

dadaísmo, naif y análogos, cuando irrumpió en la escena social en la segunda mitad del siglo pasado, el fenómeno que registró nuestro Ortega y Gasset con el título de "La Rebelión de las Masas", en el que éstas rompieron normas y leyes alzándose contra los maestros en una abstrusa e incoherente algarabía de estériles consecuencias. En conclusión, el arte actual, representativo de la sociedad actual, quiéranlo o no los mixtificadores y amplificadores de "lo social", sigue la eterna ley de producción artística, es reflejo del momento y como la masa es anodina, incierta, incoherente y versátil, así es el arte que produce.

Pero debemos dejar las consecuencias sociales y políticas que este predominio de las masas, en relación con el influjo casi total que en la juventud determinan concretamente en la producción artística, para volver al tipo clásico del artista nato, como es el verdadero artista, y reconocer en él unas aptitudes, también innatas que se acercan mucho al concepto filosófico de la creación inmanente o intuitiva, que forma el cimiento del mundo platónico, contrario al concepto aristotédico de la razón y la experiencia, propio del mundo científico.

Hay, pues, en el verdadero artista una creación intuitiva, que la técnica deberá moldear y perfeccionar, pero **construyendo sobre algo preexistente**. A los poetas se les llama vates o sea adivinos, porque en sus elucubraciones predicen acontecimientos del futuro y la historia literaria está llena de ejemplos confirmatorios de su adivinación de ese futuro. Diríamos con Julián Marías que el arte es futurible.

Sea cual fuere la clase de arte que se cultiva, el vaticinio, el "mensaje" de que se habla hoy en el mundo artístico, revela lo que hay dentro de cada cual, cuyo mensaje, según la categoría mental del artista podrá ser meramente personal, que llamaríamos de primer grado, alcanzará alturas magistrales o de orden superior, o llegará a la cima de la expresión adivinatoria, como sucede a los que llamamos geniales, en los cuales, su arte, más que un timbre personal, nos revela toda una raza o un sector privilegiado de la Humanidad.

En esa situación cimera, el artista domina todos los horizontes, como sucede en el arte universal a un Leonardo de Vinci, pongamos por ejemplo clásico, de cuya formación renacentista participa en gran escala nuestro Pablo de Céspedes, pintor, escultor, poeta y también arquitecto, para que la técnica no se le resistiera, y cuya compleja personalidad nos la acaba de desvelar nuestro nuevo académico en el discurso relevante que acabais de oír.

Dos veces estuvo Céspedes en Roma, la gran capital entonces del arte, de la cultura y de la política. En la primera aprendió las diversas artes y

se formó intelectualmente muy cerca del inmenso Miguel-Ángel. En la segunda, que se prolongó bastantes años, tuvo sus implicaciones políticas, porque Céspedes se vió envuelto en aquel misterioso proceso al Arzobispo Carranza, proceso lleno de secretos de Estado, en cuya urdimbre estuvo también a punto de quedar preso nuestro cordobés. Que siempre son los intelectuales la más apetecible presa de los tiranos de la política.

Pero aquí lo tenemos en Córdoba —Córdoba para morir ha dicho el poeta—, llenando de obras de arte nuestra Catedral, entre las que bastaría la arrogantisíma escultura de San Pablo y la Cena solemnísima de la capilla a que dió ese nombre, para hacer inmortales al Racionero artista que los engendró y al medio social, al cuadro ciudadano donde se formaron. Era ya una de las águilas del Renacimiento español, como ha difundido el maestro Gómez Moreno.

Don Francisco Zueras, gran crítico de arte nacional, cuyas enseñanzas en la cátedra, en el periódico y en la conferencia nos ilustran a diario en los incesantes avatares del devenir artístico, podría habernos definido, con su maestría habitual alguna de las innumerables facetas creadoras del ilustre Racionero, pero se ha ceñido, con sentido reverencial a la escena cordobesa en que nos movemos, al aspecto literario de Céspedes, en el que descolló como astro de primera magnitud.

Porque cualquier otro artista-literato hubiera cantado los temas universales que atraen a los vates —el amor, la naturaleza, la descripción de las cosas bellas—, pero su gran poema didáctico a la Pintura, acaso el mejor que se ha escrito en el mundo sobre ese tema, le retratan como cordobés de alma entera, en esa conjunción que nos hemos atrevido a definir como “magistralfía cordobesa”, en la cual el maestro de una disciplina no se limita a tener discípulos o seguidores, —y bien sabido es que Céspedes tuvo toda una escuela de continuadores de su arte—, sino que el maestro además escribe un libro sobre la materia de su doctorado para que su magisterio pase a la posteridad y ya por siempre sea maestro de toda la Humanidad, porque las enseñanzas de los libros son como las ondas del agua en los estanques al originar círculos cada vez más grandes y expansionables con el tiempo.

En el tema principal de su discurso, nos recuerda el nuevo académico que han sido muchos los pintores cordobeses que en más o menos latitud han manejado alternativamente el pincel o la pluma. Y valga como ejemplo definitivo nuestro Don Acisclo Antonio Palomino y Velasco que ha legado a la posteridad, al par que sus magníficas pinturas, ese fabuloso y magnífico libro titulado “Museo Pictórico y escala plástica”, verdadera historia viva del arte pictórico en España, al cual acuden y acudirán siem-

pre cuantos quieran bucear en el pasado del arte de la forma y el color. Y como ejemplo más cercano, recordemos al conjunto de los Romero de Torres que hicieron del hogar un templo al arte pictórico pero que escribieron sobre historia, sobre arqueología, sobre crítica y hasta sobre problemas urbanos de la ciudad, manejando la pluma con tanta soltura como el pincel y la paleta.

La maestría del propio Don Francisco Zueras es también elevada en el arte y en la literatura. Su arte de maestro, normativo, reposado y enérgico acaso se centre en sus dibujos simbólicos, que recuerdan las tallas en madera por su fortaleza y honda dignidad, por su traza y sus sombras. Pero nuestro nuevo compañero es también literato y él mismo recuerda que este trabajo que su elección de tema tiene mucho de afinidad electiva por paralelismo de aficiones con Céspedes, y hemos de felicitarnos de que la gloria cordobesa de hace cuatro siglos tenga hoy su reflejo en este aragonés hondo y recio que al templar su pluma en las aguas de nuestro dulce Betis al tiempo que ha hecho crítica de altura, también ha sabido aplicar suaves acentos paternales, cuando enjuicia con su crítica pública, a tantos pseudo artistas que confían más en el fenómeno de la rebelión de la masa que en la propia fidelidad al arte.

Bienvenido seáis a esta Academia cordobesa, buen profesor, ilustre artista, crítico erudito y justo, honrado y claro en la amistad, cortés y amable en el trato social. Perteneceis a la rara categoría de "profesor completo", porque no sólo en la cátedra derramais cultura, sino que allá donde vais, en la sala de conferencias, en el sillón académico, en la sala de exposiciones y hasta en la corriente conversación callejera, vuestra palabra y vuestros criterios son magistrales y luminosos.

En nuestros bellos jardines del Alcázar, donde surgen entre las flores las columnas romanas y el el ataurique ajaracado de los moros, aquel poeta aragonés que hace dos mil años cantó el árbol que allí plantara Julio César, sembró también el germen de esa conjunción aragonesa y andaluza, que de vez en cuando, al conjuro de la lira de Marcial, nos da frutos tan sazonados y deliciosos como el que vuestro discurso encierra y que sirven para perfumar nuestros íntimos contextos mentales como dorada hesperide mitológicas con que nuestras abuelas perfumaban sus prendas más íntimas.

La Academia os abre sus puertas señor Zueras, y os recibe con la más afectuosa de las bienvenidas.

He dicho.